



3498
00157570
61 Mercurio, Jgo., 26-VII-1987 p. c.14

El Conventillo, durante este año, sigue creando espacios para buenos espectáculos teatrales. Ahora, en la sala 2, se presenta **Infarto civilizado**, del dramaturgo inglés E. A. Whitehead (1933), obra que el mismo Alejandro Cohen —actor y director de este montaje— estrenará en septiembre de 1973 (¡sus buenos catorce años!) con el nombre de "Alfa-Beta".

Eran los tiempos de El Túnel, un grupo independiente de fugaz existencia pero, a la vez, de extraordinario valor.

Lo primero que hay que resaltar de este montaje es la funcionalidad de la escenografía y su disposición para "atrapar" al espectador, haciéndolo directamente partícipe del drama que en ese reducido espacio se vive. De esta manera, no sólo se es un observador de la hiriente y descarnada conversación que sostienen Roberto y Marcela —en el supuesto de que pueda recibir tal nombre—, sino que, más aun, ésta produce en el espectador resonancias íntimas y de proyecciones individuales. Es decir, doblemente "atrapados": un espacio dentro de otro espacio.

Roberto (Alejandro Cohen) y Marcela (Elana Vidiella) conforman un matrimonio de clase media —una pareja de obreros ingleses, en su original—, con hijos, que vive una profunda crisis, una crisis que, en el fondo, es el resultado de años y años de una relación insatisfactoria (los eternos reproches de un matrimonio con un forzado "pie inicial") y, más que nada, una relación avalada por ciertas ataduras



CRITICA DE TEATRO *Elliott, Jean*

"Infarto Civilizado"

convencionales. Por esto mismo, en lo concreto, esto se traduce —desde la perspectiva del dramaturgo inglés— en una abierta crítica de carácter social ("esta sociedad crea la enfermedad") y que, a pesar de los años transcurridos desde su escritura, mantiene su vigencia espaciotemporal incólume.

Durante un poco más de una hora que dura la obra (también se realizó un trabajo de adaptación y de concentración del tiempo escénico), asistimos a distintas etapas por las cuales esta relación se desarrolla: en una primera, Roberto llega borracho a su casa —a horas de un nuevo cumpleaños— y su balance de urgencia lleva tras de sí una mirada asoladora sobre su vida matrimonial; siente, también, la necesidad de establecer relaciones extramatrimoniales, lo que da lugar a una actitud desafiante frente a su mujer. En una segunda etapa, prontos a salir con sus hijos a una tarde deportiva, la situación ha cambiado, agudizándose el conflicto: Roberto tiene una amante, y su mujer, enterada de ello, lo amenaza y lo "acorralla"; por ningún motivo le dará la separación. En la última y tercera etapa, Roberto

acude a la casa ante una llamada "urgente" de Marcela: es sólo la urgencia de su mujer por rescatar una relación que ya hace mucho tiempo llegó a su punto cúlmine. Ha pasado el tiempo: llevan tres años separados. Por eso, es aún más patético este llamado —incluso, se producen instantes mínimos de ternura— ya que, además, conlleva una amenaza latente: la del suicidio. Pero, finalmente, Marcela sabe que no será capaz de llevar a cabo esta decisión y tendrá que asumir, ahora sola (una soledad física y espiritual), "su" realidad de mujer abandonada.

Si al principio se destacaba el dispositivo escenográfico, dando énfasis a su importancia por sus implícitos significados, también hay que resaltar el valor de la puesta en escena, en su conjunto. Tanto Alejandro Cohen como Elana Vidiella saben imprimir a sus personajes las precisas características y sutilezas que estos van evidenciando a lo largo del drama, además que, por las particularidades propias del espacio escénico, cada gesto y cada movimiento requirieron de una precisión —más exactamente una tensión— que no

admite ambíguas interpretaciones. Asimismo, con acierto, las diversas etapas de este íntimo drama: un lenguaje desenfadado y, a su vez, punzante; un sutil y fino humor (donde los ingleses han dado cátedra); algo de ironía y cinismo, y, en lo fundamental, una actitud y postura crítica ante la situación esgrimida. Por su parte, también hay que hacer referencia al sobrio trabajo de dirección del propio Cohen —una aproximación a lo sustancial del texto dramático—, al elegante vestuario producido por William Gesse y, nuevamente, a la escenografía de Eduardo Sáenz, que aprovecha al máximo las condiciones de ese espacio teatral; además, su aludida funcionalidad —no reñida con su simpleza— sirve de contrapunto al drama que en su interior se está viviendo ("no hay amor en esta habitación", "esta habitación es fría").

Por los años setenta, cuando fue estrenada, **Infarto civilizado** fue poco menos que una sensación del teatro europeo, más aún en un medio —Inglaterra—, donde el teatro es un arte privilegiado y donde, a través del humor (sin caer en lo absurdo), se pueden decir con naturalidad hasta las cosas más dolorosas e hirientes. Por eso, es rescatable la reposición de esta obra perteneciente a un teatro de cámara, a un teatro que busca espectadores que se den por enterados, asumiéndolos, de los diversos "colapsos" de la sociedad actual.

- El matrimonial, uno de ellos.

Eduardo Guerrero

"Infarto civilizado" [artículo] Eduardo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero del Río, Eduardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Infarto civilizado" [artículo] Eduardo Guerrero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)